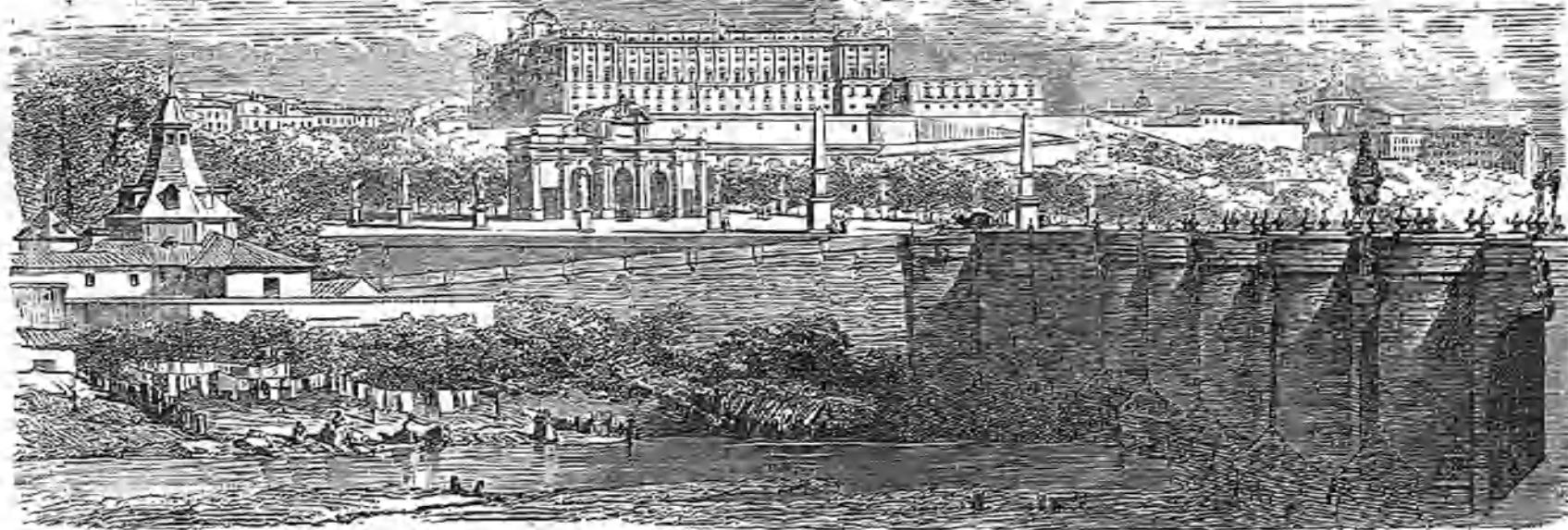


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 30 DE MAYO DE 1874.

NÚM. 34.

SUMARIO.

TERRA.—Ecos, por D. Isidoro Fernández Flores.—El Ateneo por dentro, por D. Roberto Robert.—Don Saustiano de Olózaga, por D. A. Fernández de los Rios.—Costumbres del siglo XVII (conclusion), por D. Julio Maurel.—El tren expreso (conclusion), poema, por D. Ramón Campaamor.—Hablemos de mi asunto, por D. Fernando Marti Redondo.—Banquete del 15 de mayo, por D. Francisco M. Tobías.—Pensamientos aveltes (poesía), por D. M. Ortiz de Pinedo.—Tabla antigua.—Entierro de San Pablo, primer ermitaño, por D. F. S.—Don Francisco Santa Cruz, por D. R. Courea.—Metamorfosis (poesía), por D. Manuel de la Beolla.—Inauguración de la esposicion artística e industrial, en el Parque de Madrid.—Cartas fisionómicas, por Asmodeo.
GABAROS.—Tabla antigua, dibujo de D. Valeriano Becquer.—Banquete del 15 de mayo, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Inauguración de la esposicion artística e industrial en el Parque de Madrid, dibujo del mismo.—Escena. Sr. D. Saustiano de Olózaga, Presidente del Congreso de los Diputados, dibujo de D. A. Perca, fotografía del Sr. Laurent.—Escena. Sr. D. Francisco Santa Cruz, Presidente del Senado, dibujo del mismo, fotografía del Sr. Laurent.—El Sastre de aldeas, dibujo de D. Valeriano Becquer.—La carta de recomendacion, dibujo de D. Valeriano Becquer, pasado a la mañera por D. Plácida Francia.—Panteon de la familia del marqués de Espeja, dibujo del anciano Pi de Leopold.

ECOS.

Todos los años hago mi visita a San Isidro, con objeto de admirar los progresos de la alfarería española y de la fabricacion nacional de santos de barro. Y efectivamente, las alcarrazas y botijos, y los pisados monigotas que la industria expone anualmente en aquel sitio, responden al constante perfeccionamiento que en las artes liberales imprime el siglo XIX. Este año la cerámica peculiar a la famosa romería ha ofrecido grandes novedades. Ignoro quién sea el feliz mortal que haya adquirido cierto botijo con diez pitones, fabricado, segun me dijo el vendedor, con objeto de que pudieran beber otras tantas personas, formando corro y a un tiempo. Respecto a los adelantos de la escultura, especialmente en las relaciones de este arte con la indumentaria, todos los romeros hemos tenido ocasion de ver algunas imágenes de San Isidro en que se representa a este humilde varon con sombrero de copa.

Iguales progresos se notan en la confeccion de las rosquillas, y especialmente en la fabricacion de silbatos. Estos han cobrado tal importancia, que apenas se encuentra alguno hecho de barro tosco. Todos son de vidrio, adornados segun la fantasia más ó ménos oriental de sus fabricantes. Vi comprar un silbato que me pareció ser un árbol de cristal cubierto de la más espléndida vegetacion de flores y papel pintado que puede imaginarse. Cada hoja era el retrato de un torero, y las

flores estaban hechas con fotografías de los personajes más importantes de la *Comense*. La vista de esta árbol demagógico y taumático me produjo un efecto tan terrible como la de un *manzanillo*. Hombre de sentimientos pacíficos, y favorecedor al propio tiempo de la industria, compré en aquel solemne dia, por seguir la costumbre, uno más sencillo, de excelentes condiciones musicales y desprovisto de toda alusion política.



TABLA ANTIGUA.

Se dice que Portugal nos es más desconocido que la China. Conocemos el país de los chinos por los abanicos, las porcelanas, las barras de tinta, los juegos de té y los mil objetos primorosamente trabajados en pasta de arroz, ó por las telas con primor borbadas de que se visten los mandarines y demas gentes de viso del celeste imperio; pero sólo conocemos a los portugueses por algunos cuentecillos mal intencionados, en los que se nos presentan como tipos de estolidez ó de arrogancia, defectos ambos que los pocos españoles que hemos estado en Portugal sabemos muy bien no tienen sus habitantes. Hasta la famosa muralla de la China ha sido para nosotros ménos inexpugnable que la linea puramente imaginaria que constituye la frontera entre los dos pueblos de Iberia.

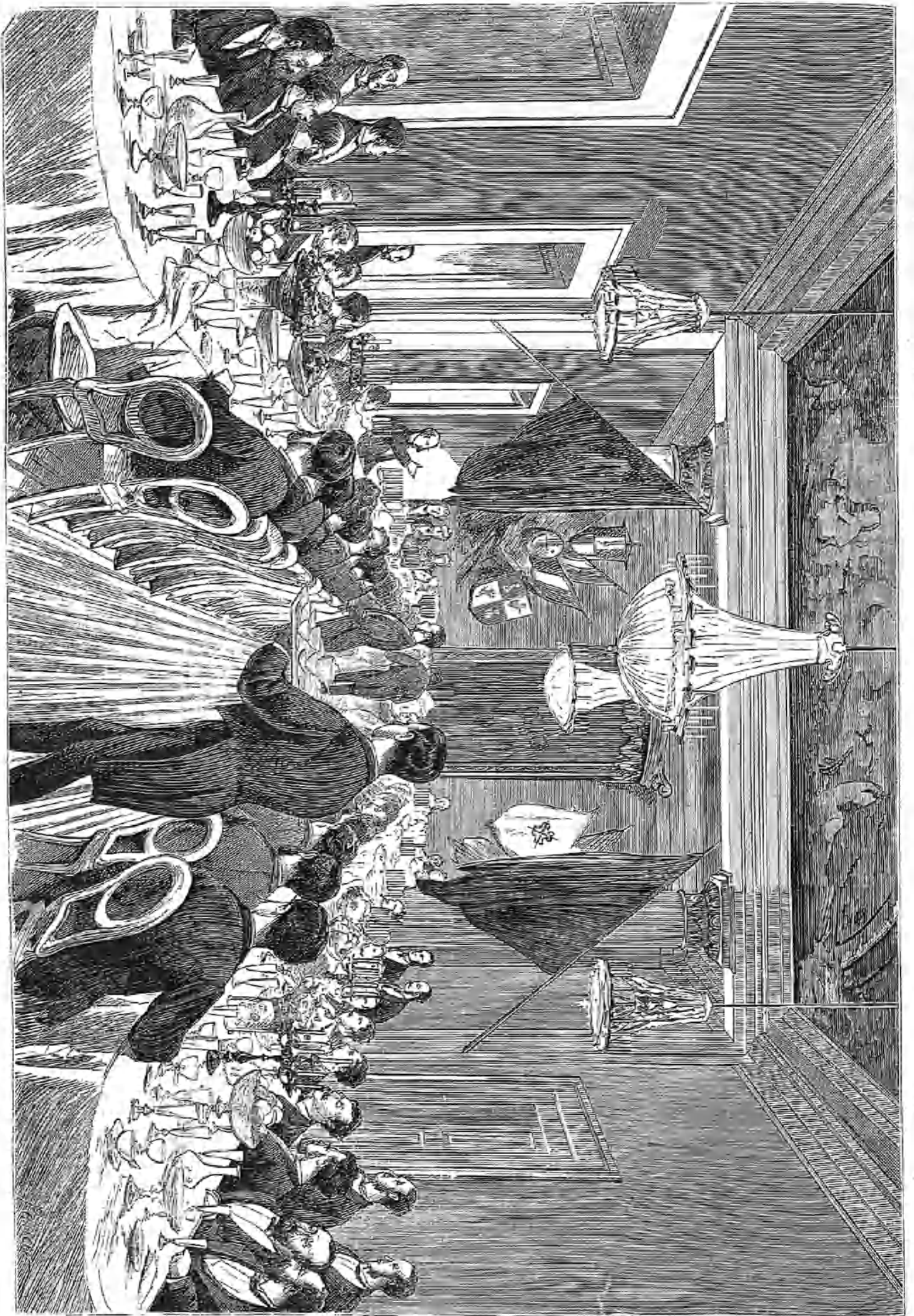
Por dicha, un abrazo fraternal ha unido estos dias a españoles y portugueses, que al fin empiezan a conocerse y estimarse. Bien pronto, con ocasion de los juegos florales que deberán tener lugar en Lisboa, España devolverá su visita a Portugal, admirando aquella tierra tan hermosa como el mejor pedazo de la nuestra.

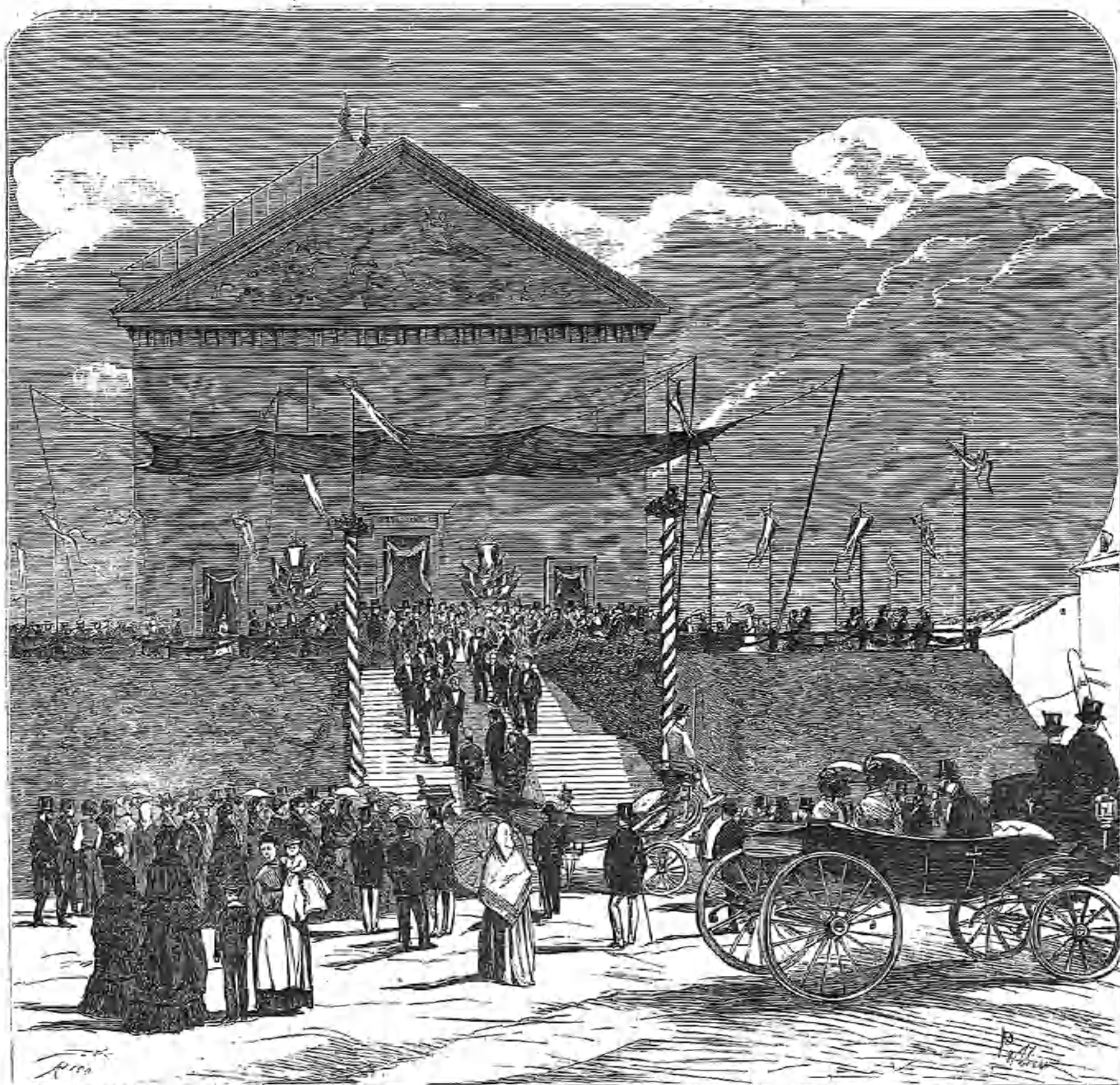
Mientras tanto, los que quieran conocer el estado actual de las costumbres, la literatura y las artes del vecino reino, lean, si les place, la obra que con el título de *Lisboa en 1870* acaba de publicar D. Gonzalo Calvo Asensio, llena de curiosas noticias, de imparcialidad y de discretas observaciones.

Un episodio de la última corrida de toros.

Habia caído en tierra, atravesado el vientre de algunas cornadas, un infeliz caballo, de esos que sólo allí se ven, tan misero y

BANQUETE DEL 16 DE MAYO.





INAUGURACION DE LA EXPOSICION ARTISTICA E INDUSTRIAL EN EL PARQUE DE MADRID.

Dos más tenía, cuando, individuo muy importante de la comisión de Constitución del 37 y redactor muy principal de aquel Código, hacía triunfar el Sensus popular de las opiniones de hombres tan autorizados y tan experimentados en el Parlamento como Argüelles, Sancho y otros.

Era de los más jóvenes que asistieron á la reunión celebrada en casa de Calatrava para fijar la conducta de la oposición ante cierta célebre ley de Ayuntamientos cuando, habiendo prevalecido el dictamen de que no había medio de combatir la autorización que para plantearla pedía el ministerio, dió la idea para hacer interminable la discusion y trajo al alzamiento nacional de 1840.

Acabada la guerra civil, trabajaba el ministerio Arzola para abrir brecha en el sistema liberal, tratábase de la cuestion de fueros de las Provincias Vascongadas, y Olózaga con un discurso destruyó el plan del gobierno, rebizo la opinion, levantó al general Alaix del banco ministerial para ir á estrecharla en sus brazos, elec-

trizó á los diputados que se levantaron á su vez para abrazarle, y entusiasmó á Calatrava que presidía, hasta hacerle decir que aquella sesion era la recompensa de todas sus persecuciones.

El pueblo le esperó á la puerta del Congreso para llevarle en hombros á la casa en que vivía. Su popularidad, ya antigua, databa del regreso de la primera emigracion; sus relaciones políticas son más antiguas aun: joven, casi niño, Flores, Calderon, Mina y Torrijos le confiaban sus planes; fugitivo en Francia, Casimiro Perrier le admitía á su intimidad; refugiado en Inglaterra, lord Clarendon le daba pruebas de su estimacion; pasajero en Lisboa, Terceira y Palmela le manifestaron sus simpatías; embajador en París, desde Billaut hasta Olivier y Thiers son numerosísimas sus amistades; viajero en Italia, Cavour hizo de él una confianza ilimitada; allí por donde ha pasado una vez, allí se ha granjeado el aprecio de los hombres políticos importantes.

No dudo yo, querido Eduardo, que el retrato, para cuyo marco me pide Vd. estas pobres líneas, será tan

bueno como me asegura, y copiará bien la regularidad de las facciones de Olózaga, la severidad de su frente, la firmeza de su mirada, la gravedad de su boca, la expresion de su fisonomía cuando escucha ó medita; pero su figura, como la de todos los grandes oradores de que se conserva memoria, pierde interés fuera de la tribuna; desde ella la primera mirada, la primera frase, establece una gran distancia entre el hombre y el orador.

Se ha distinguido la voz de Olózaga por un don de penetracion extraño y poderoso, que no depende sólo de la calidad del sonido, ni de la maestría en los cambios de entonacion, sino de la delicadeza del sentimiento, que varía la expresion cambiando el acento.

Su palabra, mesurada y fina, da en el oído un golpe firme y eléctrico, que hiere el ánimo, penetra en el corazón y circula de rechazo por toda reunion de hombres; combina admirablemente la ironía con la indignacion, la pasion con la filosofía; nadie dispone de una elocuencia más incisiva, más hábil, más literaria, más magistral, más suya propia que él. No imita á nadie,

lajaba la jurisdicción inquisitorial, entregándolos á otros tribunales.

Mas no se crea que con estos ejercía el Santo Oficio desusada misericordia, pues relajado era como sinónimo de ahorcado, ó quemado, ó de ambas cosas, porque con tal objeto los encomendaba el Santo Oficio al juez real ordinario *.

Constante y atonador clamoreo han levantado en nuestros dias los adversarios de aquel tribunal, acusándole de tenebroso, porque no dejaba traslucir por resquicio alguno la luz de sus procedimientos, pero tengo para mí que la acusación es notoriamente arbitraria; y para opinar así me basta saber, y lo propio sucederá al lector, que en los autos, y en pos de los castigados, iba una arrogante mula, con ricos paramentos, que en un cofrecillo de terciopelo llevaba al sitio de la ceremonia las sentencias de los condenados para ser leídas en alta voz, con las declaraciones de sus horribles delitos, declaraciones que aunque prestadas muchas de ellas en el potro, al fin probaban su delincuencia, y si esto que se leía en la plaza y ante un auditorio tan numeroso no era hacer público el procedimiento del tribunal, venga Dios y véalo.

El referido cofrecillo que, como he dicho, era en lo exterior de terciopelo, iba escoltado por cuatro secretarios de la Inquisición, en sendas cabalgaduras, muy lucidas, y cerrando la procesion los inquisidores, ocupando el centro el más antiguo en el ejercicio, llevando á la diestra mano al clero y á la izquierda á la justicia y Consejo, y siendo presididos por el estandarte de la Fé, siendo de advertir que iban también á caballo, con lo que el acto tenia mucha mayor majestad.

Después que en tan grave y silenciosa apostura llegaban al sitio destinado, acomodábanse todos ellos en tablados de preferencia, que para presenciar el acto se habían construido, y los eclesiásticos, los jueces, la ciudad y otra gente de cuenta se situaban por allí en otros escaños, muy satisfechos de la merced que de los inquisidores recibían sentándose en su tablado, que era de tales dimensiones que podia contener muchos centenares de personas.

En otro tablado de suficiente elevación se colocaban los reos, á mayor altura cuanto mayor era el castigo que aparejado les estaba, y mientras la lectura de la condena, subían á unos pulpillos, oyendo desde allí á los secretarios, que desde otras convenientemente dispuestos leían sus fechorías.

Una vez cada uno en su puesto y restablecido el silencio, era preciso empezar el acto, que, siendo tan devoto, por nada podia hacerlo mejor que por un sermón.

El tal sermón era de prueba y merecia ser una obra maestra de elocuencia, digna no sólo de tan solemne acto, sino de la escogida y piadosa concurrencia.

No era cosa de encomendarlo á un predicadorcillo de mala muerte, que no hubiera sabido poner en el punto que merecían, ni el ardoroso celo del Santo Oficio, ni lo ínfimo y espantoso de los crímenes allí extirpados, probando hasta la evidencia que á no ser por la eficacia en el modo de proceder del tribunal y lo saludable de los castigos, el nombre de religion hubiera desaparecido de sobre la faz de la tierra, y á vueltas de todo ensalzaba sobre las nubes la misericordia del Santo Oficio, que pudiendo quemar á todos los reos, se daba por contento con hacerlo sólo con quince ó veinte, teniéndose por satisfecho con aplicar á los demas, bien unos centenares de azotes, bien prision perpétua en las cárceles de la Inquisición, bien sólo por cinco años y uso del sambenito.

Cómo exprimirían su docta teología, fatigando los pulmones, no hay que encarecerlo, y el prior ó guardián de convento que conseguia regalar al auditorio con una de aquellas elocuentísimas piezas oratorias, hacia más que poniendo una pica en Flandes, y habia de haberse acreditado primero como predicador de no pocas agallas.

Seguia, apenas acabado el sermón, la lectura de las sentencias, que, como tantas y tan largas, aunque la sustanciación de los procesos se redujese á bien pocos pliegos, no era caso raro ver que cerraba la noche, quedando en suspenso el auto hasta el día ó dias siguientes.

Si esto acontecia, los inquisidores, que no se dormían en las pajas, antes que amaneciera saltaban de sus lechos y la luz del dia los encontraba ya solicitos en sus puestos, tornando á la tarea de zarandear brujas y herejes.

Allí era donde no quedaba la menor duda, el mínimo asomo de perplegidad, sobre la existencia de esta secta inmunda de las brujas, porque se oía de los verídicos labios de aquellas famosísimas maestras el cómo y el cuándo se echaban en brazos de aquella maldad, desde el noviciado hasta llegar á consumados dogmatizadores, confesiones que, en gracia de la franqueza y lágrimas de arrepentimiento que mostraban, les valian conmutar la hoguera por una buena tanda de azotes, que á peca limpia les administraban los verdugos, salvo si sus crímenes eran tales que, á pesar de todo, pidiesen á voz en grito las llamas.

Por supuesto, que cada dia habia su sermonecillo, para lo que se pintaban solos los dominicos, que como tan grandes predicadores por su instituto, en tales dias echaban la casa por la ventana.

El auditorio escuchaba con religioso silencio, aunque allí en su interior algo deseoso de que terminasen, para ver lo divertido de la fiesta ó sea el castigo, y le llamó fiesta, porque ya en otra parte he dicho que los autos de fé eran la distracción más sabrosa en los regocijos públicos.

En cuanto á los reconciliados, ó sea aquellos que por haber mostrado el arrepentimiento que el Santo Oficio consideraba eficaz, volvían á su gracia y al gremio de la fé, postrados humildemente de rodillas ante los inquisidores, abjuraban de sus errores y, previo el castigo merecido, eran absueltos * de la excomunión y en señal de esta clemencia el inquisidor les despojaba del sambenito, que era el emblema del castigo.

Llegado esto terminaba el acto, y levantándose con gravedad semejante á la que habían traído, volvían á la Inquisición los que en ella tenían que purgar sus culpas, con la Santa Cruz, que era devuelta al templo con gran acompañamiento de cantores, que en acción de gracias, por haber librado al mundo de aquella pernicioso cizaña y echádola al fuego, entonaba el *Te Deum laudamus*.

El pueblo se alejaba silencioso del lugar en donde aquello habia sucedido, sobrecogido de espanto de todo lo que fuese caer en manos de la Inquisición, pero al propio tiempo satisfecho de la funcion, que como se le habia dado en clase de fiesta, la habia tomado como tal, á la manera que una corrida de toros ó otro regocijo semejante.

Los sentenciados sufrían aquellas terribles penas, que alcanzaban á sus hijos y demas parientes, por la confiscación y la infamia perpétua, * que con el objeto de que fuera á todos notoria, se patentizaba poniendo á la puerta de los templos grandes carteles, que eran padron de ignominia, * conteniendo sus nombres; castigo que era una señal indeleble y sólo la corte romana los hacia arrancar, merced á poderosos valimientos.

Hoy, por nuestra ventura, mudados los tiempos, ha desaparecido esa horrible fiesta y las hogueras se apagaron por completo para siempre, quedando á nuestro siglo la tarea, que cumplió en sus principios, de aventar las cenizas, aun calientes, que dejaron los anteriores.

JULIO MONREAL.

EL TREN EXPRESO.

(Conclusión.)

CANTO SEGUNDO.

EL DIA.

I.

Y continuando la infeliz historia,
Que aún vaga como un sueño en mi memoria,
Veo al fin á la luz de la alborada
Que el rubio de oro de su pelo brilla
Cual la paja de trigo calcinada
Por agosto en los campos de Castilla.
Y con semblante cariñoso y serio
Y una expresión del todo religiosa,
Como llevando á cabo algún misterio
Después de un *jay*, Dios mío!
Me dijo, señalando á un cementerio:
—¡Los que duermen allí no tienen hijo!

* Se necesitaba para ser absuelto nada menos que una información de doce testigos, afirmando que el acusado que negaba ser culpable, era veraz en su aserto. Á estas informaciones se llamaba *procuraciones canónicas*.

* MARIANA. *Historia general de España* (Lib. XXIV, Cap. XVII).

* En lo antiguo solía volgarse dentro de la parroquia á qué pertenecía el penitenciado, el sambenito que éste usó; en su lugar después se colocaba la *mandata*, ó sea un cartel cuadrilongo, en cuya parte superior se pintaba el *aspá* ó llamas, y debajo se escribía el nombre, oficio y delito del condenado, y el año en que lo habia sido.

II.

El humo, en ondulante movimiento,
Dividiéndose á un lado y otro lado
Se tiende por el viento
Cual la crin de un caballo desbocado.
Ayer era otra Fauna, hoy otra Flora;
Verdura y aridez, calor y frío;
Andar tantos kilómetros por hora
Causa al alma el mareo del vacío;
Pues salvando el abismo, el llano, el monte,
Con un viego correr que al rayo escude,
En loco desvarío
Sucede un horizonte á otro horizonte,
Y una estación á otra estación sucede.

III.

Más ciego cada vez por la hermosura
De la mujer aquella,
Al fin la hablé con la mayor ternura,
Á pesar de mis muchos desengaños;
Porque al viajar en tren con una bella
Va, aunque un poco al azar y á la ventura,
Muy de prisa el amor á los treinta años.
—Y ¿dónde vais ahora?
Pregunté á la viajera.
—Marcho olvidada por mi amor primero,
Me respondió sincera,
Á esperar el olvido un año entero.
—Pero ¿y después, la pregunté, señora?
—Después, me contestó, ¡lo que Dios quiera!

IV.

Y porque así sus penas distraía,
Las mías le conté con alegría;
Y un cuento amontoné sobre otro cuento,
Mientras ella, abstrayéndose, veía
Las gradaciones de color que hacia
La luz descomponiéndose en el viento,
Y haciendo yo castillos en el aire,
Ó, como dicen ellos, en España,
La referí, no sé si con donaire,
Cuentos de Homero y de Mari-Castaña.
En mis cuadros risueños,
Pintando mucho amor y mucha pena,
Como el que tiene la cabeza llena
De heroínas francesas y de ensueños.
Había cada llama
Capaz de poner fuego al mundo entero;
Y no faltaba nunca un caballero
Que por gustar solícito á su dama
La sirviese, siendo héroe, de escudero.
Y ya de un nuevo amor en los umbrales,
Cual si fuese el aliento nuestro idioma,
Mas bien que con la voz, con las señales,
Esta verdad tan grande como un templo
La convertí en axioma:
Que para dos que se aman tiernamente,
Ella y yo por ejemplo,
Es cosa ya olvidada por sabida
Que un árbol, una piedra y una fuente
Pueden ser el edén de nuestra vida.

V.

Como en amor es credo,
Ó artículo de fé, que yo proclamo,
Que en este mundo de pasión y olvido
Ó se oye conjugar el verbo *te amo*,
Ó la vida mejor no importa un bledo,
Aunque entónces, como hombre arrepentido,
El ver á una mujer me daba miedo,
Más bien desesperado que atrevido,
—Y ¿un nuevo amor, la pregunté amoroso,
No os haria olvidar viejos amores?
Mas ella sin dar tregua á sus dolores,
Contestó con acento cariñoso:
—La tierra está cansada de dar flores,
Necesito algún año de reposo.

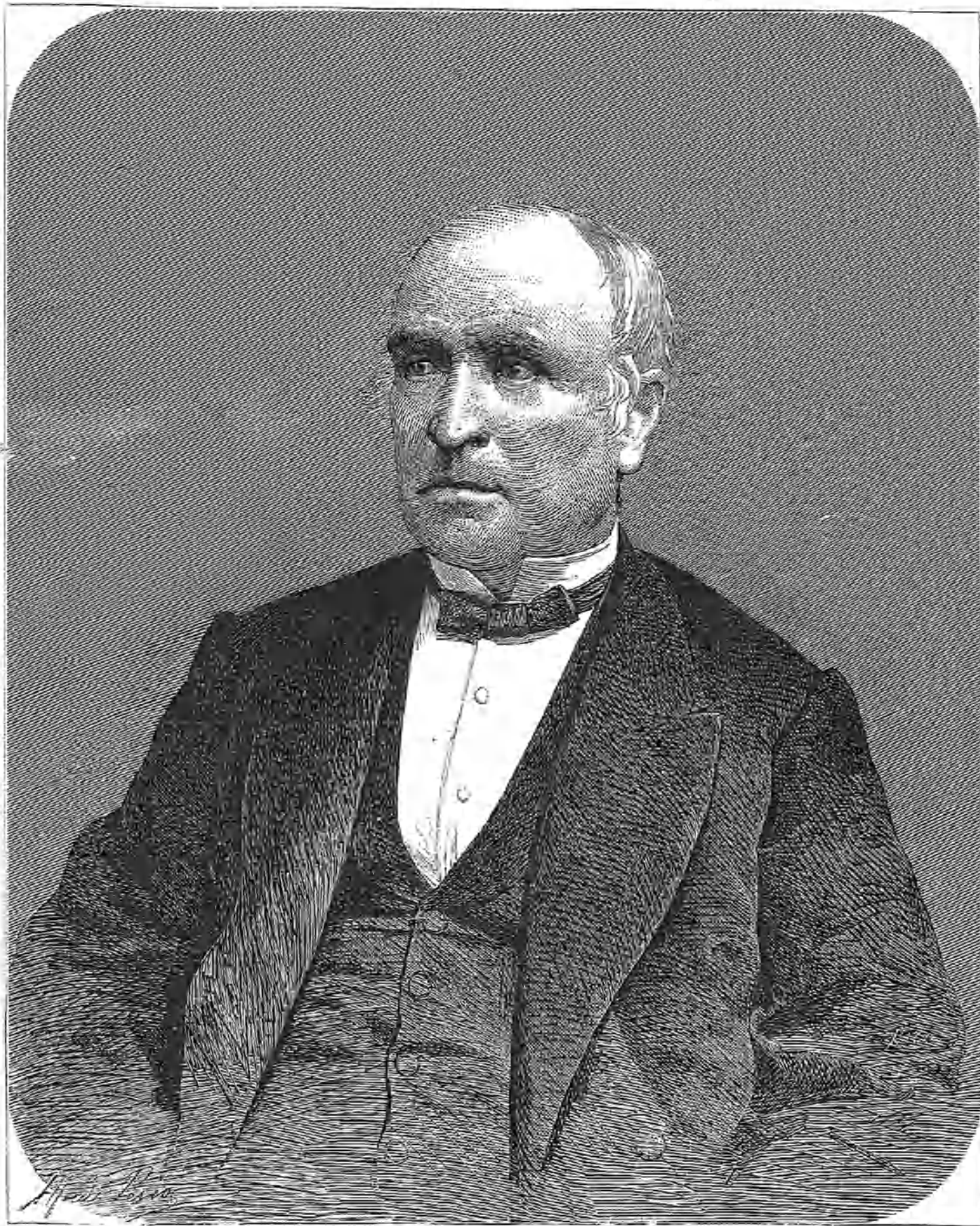
VI.

Marcha el tren tan seguido, tan seguido,
Como aquel que patina por el hielo;
Y en confusión extraña
Parecen, confundidos tierra y cielo,
Una mezcla de sueño y de montaña;
Pues cruza, de horizonte en horizonte,
Por la cumbre y el llano,
Ya la cresta gráfica de un monte,
Ya la elástica turba de un pantano;
Ya entrando por el hueco
De algún túnel que horada las montañas

* El juez real era avisado anticipadamente, para que asistiese al sitio del auto, y allí le entregaba los relajados para que pronunciasen la sentencia de muerte y la ejecutase, conforme á las leyes comunes, pues la Inquisición, como tribunal de carácter religioso y además blanco de suyo, escrupulosamente tanto rigor.



EXCMO. SEÑOR DON SALUSTIANO DE OLÓZAGA, PRESIDENTE DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.



EXCMO. SENOR DON FRANCISCO SANTA CRUZ, PRESIDENTE DEL SENADO.

A cada horrible grito
Que, lanzando va el tren, responde el eco,
Y hace vibrar los muros de granito,
Estremeciendo al mundo en sus entrañas;
Y dejando aquí un pozo, allí una sierra,
Nubes arriba, movimiento abajo,
En laberinto tal, cuesta trabajo
Crear en la existencia de la tierra.

VII.

Las cosas que miramos,
Se vuelven hacia atrás, en el instante
Que nosotros pasamos;
Y conforme va el tren hacia adelante,
Parece que desandan lo que andamos;
Y á sus puestos volviéndose, huyen, y huyen,
En raudos movimientos,
Los postes del telégrafo, clavados
En fila á los costados del camino;
Y, como gota á gota, fluyen, fluyen,
Uno, dos, tres y cuatro, veinte y ciento;
Y formando, confuso y ceniciento,
El humo con la luz un ramolino,
No distinguen los ojos deslumbrados
Si aquello es sueño, tromba, ó torbellino!

VIII.

¡Oh, mil veces bendita—
La inmensa fuerza de la mente humana
Que así al ramblizo como el monte allana,
Y al mundo echando su nivel, lo mismo
Los picos de las rocas decapita,
Que levanta la tierra,
Formando un terraplen sobre un abismo
Que llena con pedazos de una sierra!
¡Dignas son, vive Dios, estas hazañas,
No conocidas antes,
Del poderoso anhelo
De los grandes gigantes
Que, en su ambición, para escalar el cielo
Un tiempo amontonaron las montañas!

IX.

Corría en tanto el tren con tal premura
Que el monte abandonó por la ladera,
La colina dejó por la llanura,
Y la llanura, en fin, por la ribera;
Y al descender á un llano,
Sitio infeliz de la estación postrera,
La dije con amor:—¿Sería en vano
Que amarnos pretendiera?
¿Sería como un niño que quisiera
Alcanzar á la luna con la mano?
Y contestó con lívido semblante:
—No sé lo que seré más adelante,
Cuando ya soy vuestra mejor amiga,
Yo me llamo Constancia y soy constante.
¿Qué más queréis, me preguntó, que os diga?
Y bajando al andén, de angustia llena,
Con prudencia fingió que distraía
Su inconsolable pena
Con la gente que entraba y que salía,
Pues la estación del pueblo parecía
La loca dispersión de una colmena.

X.

Y con dolor profundo
Mirándome á la faz desencajada,
Cual mira á su doctor un moribundo,
Siguió:—Yo os juré cual mujer honrada,
Que el hombre que me dió con tanto celo
Un poco de valor contra el engaño,
Ó aquí me encontrará dentro de un año,
Ó ¡allí!... me dijo, señalando al cielo.
Y enjugando despues con el pañuelo
Algo de espuma de color de rosa
Que asomaba á sus labios amarillos,
El tren (cual la serpiente que escamoa,
Queriendo hacer que marcha y no marchando,
Ni marcha, ni reposa),
Mueve y remueve, ondeando y más ondeando,
De su cuerpo flexible los anillos;
Y al tiempo en que ella y yo la mano alzando,
Volvimos, saludando, la cabeza,
La máquina un incendio vomitando,
Grande en su horror y horrible en su belleza,
El tren llevó hacia sí pieza tras pieza.
Vibró con furia y lo acrastró silbando.

CANTO TERCERO.

EL CREPÚSCULO.

I.

Cuando un año despues, hora por hora,
Hacia Francia volvía,
Echando alegre sobre el cuerpo mio
Mi manta de alamares de Zamora,
Porque á un tiempo sentía,
Como el año anterior, día por día,
Mucho amor, mucho viento y mucho frio,
Al minuto final del año entero,
A la cita acudí cual caballero
Que va alumbrado por su buena estrella;
Mas al llegar á la estación aquella
Que no quiero nombrar, porque no quiero,
Una tos de atahud sonó á mi lado
Que salía del pecho de una anciana
Con cara de dolor y negro traje;
Me vió, gemió, lloró, corrió á mi lado,
Y echándose un papel por la ventana,
—Tomad, me dijo, y continuad el viaje.
Y cual si fuese una hechicera vana
Que despues de un conjuro, en la alta noche
Quedase entre la sombra confundida;
La mujer, más que vieja, envejecida,
De mi presencia huyó con ligereza
Cual sombra entre la luz desvenecida,
Al punto en que llegando, con presteza
Eché por la ventana de mi coche
Esta carta tan llena de tristeza,
Que he leído más veces en mi vida
Que cabellos contiene mi cabeza.

II.

«Mi carta, que es feliz, pues va á buscaros,
Cuenta os dará de la memoria mia.
Aquel fantasma soy que por gustaros
Jugó á estar viva á vuestro lado un día.

«Cuando lleva esta carta á vuestro oído
El de eco mi amor y mis dolores,
El cuerpo en que mi espíritu ha vivido
Ya durmiendo estará bajo unas flores.

«¡Por no dar fin á la ventura mia,
La escribo larga... casi interminable!...
¡Mi agonía es la bárbara agonía
Del que quiere evitar lo inevitable!

«Hundiéndose, al morir, sobre mi frente
El palacio ideal de mi quimera,
De todo mi pasado, solamente
Esta pena que os doy horrar quisiera.

«Me rebelo á morir, pero es preciso.
El triste vive, y el dichoso muere.
Cuando quise morir, Dios no lo quiso:
Hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere.

«¡Os amo, sí! Dejadme que habladora
Me repita esta voz tan repetida;
Que las cosas más íntimas ahora
Se escapen de mis labios con mi vida.

«Hasta furiosa, á mí que ya no existo,
La idea de los celos me importuna;
Juradme que esos ojos que me han visto
Nunca el rostro verán de otra ninguna.

«Y si aquella mujer de aquella historia
Vuelve á formar de nuevo vuestro encanto,
Aunque os ame, gemid en mi memoria,
¡Yo os hubiera también amado tanto!...

«Mas tal vez allá arriba nos veremos,
Despues de esta existencia pasajera,
Cuando los dos, como en el tren, llegemos
De nuestra vida á la estación postrera.

«¡Ya me siento morir! ¡El cielo os guarde!
Cuidad, siempre que nazca ó muera el día,
De mirar al lucero de la tarde,
Esa estrella que siempre ha sido mia;

«Pues yo desde ella os estaré mirando;
Y como el bien con la virtud se labra,
Para verme mejor, yo haré, rezando,
Que Dios de par en par el cielo os abra.

«Nunca olvidéis á esta infeliz amante
Que os cita, cuando os deja para el cielo!
¡Si es verdad que me amasteis un instante,
Llorad, porque eso sirve de consuelo!

«¡Oh, Padre de las almas pecadoras,
Conceded el perdón al alma mia;
Amé mucho, Señor, y muchas horas,
Mas sufrí por más tiempo todavía!

«¡Adios! ¡adios! ¡como hablo delirando,
No sé decir lo que deciros quiero!
¡Yo sólo sé de mí que estoy llorando,
Que sufro, que os amaba, y que me muero!

III.

Al ver de esta manera
Trocado el curso de mi vida entera
En un sueño tan breve,
De pronto se quedó, de negro que era,
Mi cabello más blanco que la nieve,
De dolor traspasado,
Por la más grande herida
Que á un corazón jamás ha destrozado
En la inmensa batalla de la vida,
Ahogado de tristeza
A la anciana busqué desesperado;
Mas fué esperanza vana,
Pues, lo mismo que un ciego deslumbrado,
Ni pude ver la anciana,
Ni respirar del aire la pureza,
Por más que abrí cien veces la ventana
Decidido á tirarme de cabeza,
Cuando, por fin, sintiéndome agobiado
De mi desdicha al peso
Y encerrado en el coche maldecois,
Como si fuese en el infierno preso,
Al año de venir día por día
Con mi grande inquietud y poco seso,
Sin alma, y como inútil mercancía,
Me volvió hasta París el tren expreso.

RAMON CALZADILLA.

HABLEMOS DE MI ASUNTO.

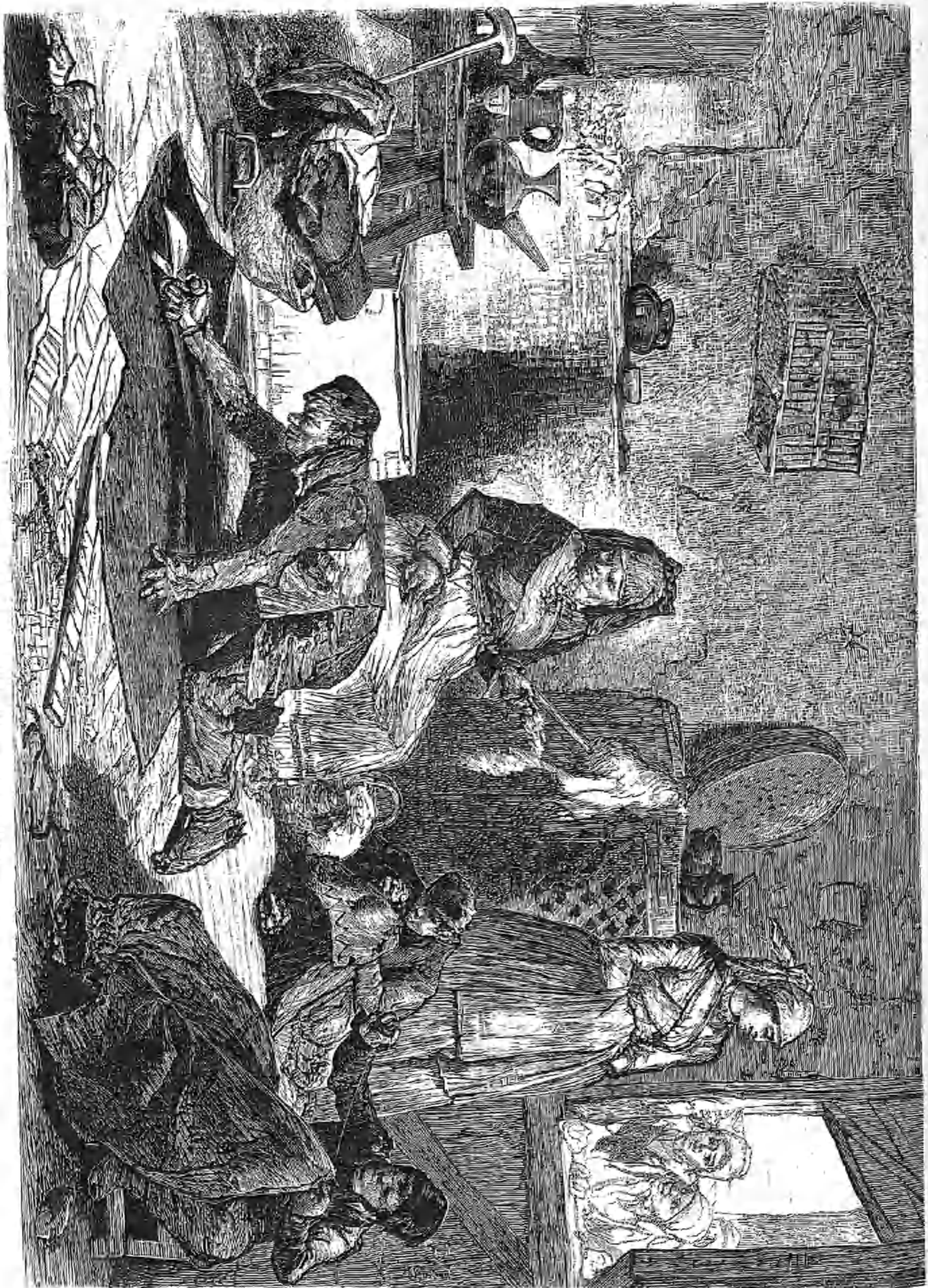
Por regla general, cuando un escritor al dirigirse al público empieza hablando de sí propio, es señal ó de que carece de asunto sobre que escribir, ó de que el asunto que se ha propuesto no ofrece buen asidero. Yo me hallo en este último caso.

Estoy sentado delante de mi mesa (porque aún no he contraído la costumbre de escribir en pié), con la pluma en la mano derecha (algunas veces he probado á escribir con la izquierda, pero sin éxito), la mano izquierda apoyada en la mejilla (he observado que es más cómodo apoyar en la mejilla la mano que apoyar en la mano la mejilla), una veintena de cuartillas de papel blanco al alcance de la pluma, y un tintero de mediana capacidad al alcance de la mano. También tengo asunto, y para desenvolverle me he sentado á la mesa, he tomado las cuartillas, he requerido la pluma y he acercado el tintero.

Pero, es lo que yo digo, hay asuntos que no pueden abordarse *calammente*, que cuando uno cree tenerlos sujetos, se escurren de entre la mano como las anguilas; asuntos que, por muchas vueltas que se les dé, no hay por donde cogerlos. ¡Han visto Vds. un niño de dos años á quien se le pone delante una de esas esferas de cristal azogado llamadas espejos de jardín? La inocente criatura se arroja con avidez sobre el lindo juguete, intenta sujetarle, acercarle á sí para contemplarle mejor, pero cuanto más vueltas le da, cuanto mayores esfuerzos hace, mayor resistencia encuentra en aquella bruhida superficie que se desliza bajo sus manecitas y huye ante la presión de sus dedos. Pues una cosa análoga me pasa á mí con el asunto de este artículo. Y que para este artículo tengo asunto, es evidente; lo que hay es que no acierto á dominarle, á encartillarle, á tomarle la embocadura.

Y cuidado, que si yo fuera escritor de ingenio, si yo tuviera *esprit* y *vis cómica*, podría sacar partido de mi asunto. Considerado este *a priori*, no ofrece, en verdad, interés dramático como una novela de Ponson du Terrail, ni interés científico como una *idém* de Jules Verne, ni siquiera interés de 5 por 100 como los préstamos que sobre alhajas y ropas en buen uso hace el *banco* *sic* de don Casiano; préstamos que, hablando aquí para *inter nos*, resultan al 60 por 100 al año, supuesto que el 5 con que aquel honradísimo usurero los anuales se refiere al mes, por más que el rótulo no lo exprese.

Decía, pues, que mi asunto, sin ser de interés palpitante *per se*, tiene alguna importancia literaria y hasta sería entretenido y ameno si yo acertara á presentarle bajo formas algun tanto galanas, á darle cierto corte de originalidad, cierto gracejo, cierto colorido, en fin, ese *quid* que no se puede explicar, eso que en España llamamos con mucha propiedad *la tournure*. ¡La forma! *that is the question*. Este es el caballo de batalla, la dificultad, el sueño dorado, el *desideratum* de todo autor que teniendo, como yo, un asunto árido en el fondo que desarrollar, quiere á *outrance* adornarle con las floridas galas del lenguaje y con el atavío elegante y *fashionable* del más puro y castizo estilo.



EL SASIRE DE ALDEA, DISEÑO DE D. VALERIANO BECQUER.

adivinado y por eso ha tomado cartas en el asunto, asunto que no debe tratarse *ab-irato* ni dejarse *sub-judice*, asunto...

Y ahora que escribo esta palabra asunto, necesito entonar el *mea culpa* é impetrar aunque sólo sea el *minimum* de la misericordia de mis lectores. Si, lo confieso, lo proclamo *ex toto corde*: otra vez he perdido la pista de mi asunto por meterme á contar lo que á nadie le importa. Pero no es esto lo peor, sino que, á la altura en que se encuentra este artículo, ni puedo ya acabar de referir la *mesaventure* del joven Arturo, ni mucho menos esplanar mi tema, que podría llamarse el *noti me tangere* segun se resiste á las embestidas de mi pluma.

BANQUETE DEL 16 DE MAYO.

Caprichos de la mudable y arbitraria fortuna, complicaciones históricas cuyo origen y consecuencias fuera enojoso reseñar, acontecimientos políticos de varia y no siempre bien apreciada naturaleza, concurrían por distintos caminos y modos diferentes á mantener vivos é irritados entre españoles y lusitanos, sentimientos de recelo é indiferencia, ya que no de odio y de venganza. Hublérase dicho al fijarse hace algunos años en las relaciones internacionales de Portugal con España, que estos dos pueblos, hermanos por su filiación etnológica,

Nació el noble propósito de estrechar las relaciones entre ambos pueblos, y sobreponiéndose á toda suerte de reparos y contradicciones, alimentándose sólo en grandes propósitos y elevados fines, este es el día que se le vé crecer y dilatarse por las esferas de la opinión, sin tropezar ya con obstáculos que en su marcha le detengan. Si se han desautorizado por sí mismas las ideas de invasión y de conquista, si españolas y portuguesas sentinos y fomentamos aquella aspiración sobre la base de la autonomía propia de cada pueblo, cierto es también que allende y aquende el Algarbe notábase algo parecido al deseo de una mútua compenetración que, de realizarse, conservará la división política que actual-



LA CARTA DE RECOMENDACION, DIBUJO DE DON VALERIANO SECUER.

E pur si muove, y sin embargo, yo tengo asunto; pero me falta espacio, *malgré* mi buen deseo, para desarrollarle, y me falta resolución para decir clarito á mis lectores: *lasciate ogni speranza*...

¿Que no tengo asunto, dicen Vds.? ¿Que me he echado á la *vita bona* y que me pongo á embadurnar cuartillas *ad libitum*, sin plan ni concierto?... *Vade retro*: eso no entra en mis principios, y en prueba de ello voy á copiar literalmente el apunte que habia tomado para hilvanar este artículo. Dice así:

«Censurar la manía pedagógica de algunos escritores que introducen en sus obras palabras de otro idioma, creyendo así demostrar riqueza de erudición, cuando en realidad sólo revelan pobreza de ingenio.»

Este debía ser el tema de mi artículo si no me hubiere entretenido en divagaciones. No sé si en lo que llevo escrito habré tenido algun *lapsus lingua* ó se me habrá deslizado alguna voz extranjera, á pesar del cuidado con que procuro huir de tal escollo; pero si así fuese, táchela el lector y... *finis coronat opus*.

FERNANDO MARTIN REDONDO.

hermanos por su historia, por sus desgracias y sus triunfos, antes que dos naciones vecinas representaban dos Estados enemigos, divididos no por barreras naturales, no por altas y abruptas montañas, ni anchos mares, sino por rivalidades tan profundas como la distancia que les separaba en cuanto mira al génio, carácter, costumbres y aspiraciones. Si allende las orillas del Guadiana la hermosa lengua de Cervantes era punto ménos que desconocida, si las cosas de España no privaban en las egregias mansiones cuyos cimientos bañan el Tejo y el Duero, si el portugués mostrábase más aficionado al hijo de la Gran Bretaña que al descendiente quizá del propio Viriato, también entre nuestros conciudadanos notábase el mismo desden é inexplicable retraimiento, la misma funesta negligencia y apatía en orden á cuanto pudiera afectar al pasado, al presente ó al porvenir de los portugueses. No vulgarizada su historia, casi ignorada su literatura, ajenos al movimiento de renovación que impulsaba á la nación portuguesa, solíamos pedir auxilio á libros franceses, cuando la necesidad ó el incentivo de lo desconocido nos llevaba á querer inquirir algun extremo relacionado con su cultura y sus progresos.

Publicistas distinguidos imaginaron al fin que no era patriótico permanecer indiferentes ante espectáculo tan extraño y desagradable.

mente nos separa; pero que habrá de acercar los intereses respectivos, hoy al parecer un tanto divergentes, hasta fundirlos bajo el imperio de una relación superior de unidad y de armonía.

Grato fuera reseñar los generosos esfuerzos que en pro de este mútuo acuerdo se han hecho por individualidades aisladas. La enumeración de esas tentativas, más laudables que felices, diría hasta qué punto las preocupaciones sostenidas por la política que no se inspira en aquello que á los pueblos conviene, sino en el egoismo de los que mandan, retardó el advenimiento de un día que no por haber sido largamente esperado hubo de producir menor júbilo y contentamiento. El banquete ofrecido por la prensa á los portugueses que vinieron á Madrid con ocasión de las fiestas de su Patrono, ha sido cómo el reconocimiento oficial hecho por nuestro país de las miras y tendencias de antaño sostenidas por el periodismo. Porque es preciso y justo decirlo: el periodismo fué el que con su pluma acometió la ruda tarea de destruir la valla que de Portugal nos separaba; el periodismo ha sido el que ha hecho posible la fiesta del 16 de mayo, con razón calificada de acontecimiento nacional. Reunidos en el histórico salon de columnas del Municipio, esto es, en el sitio más preferente de la casa del pueblo, portugueses y españoles, celebróse el banquete con que los periodistas de Madrid obsequiaban á los es-

critores de Lisboa. Y no fué en verdad ni lo surtoso de la bien aderezada pieza, ni el exquisito gusto con que Lhardy sirviera la comida, ni los acordes de las músicas tocando el himno nacional lusitano, lo que más debió impresionar á los concurrentes: lo que realmente les impresionó fué la significación altísima de aquella fiesta, su carácter patriótico y al mismo tiempo fraternal, las doctrinas que se sentaron, los votos que se hicieron y la madurez en que hubo de ofrecerse la idea que acogén todos los partidos, sin que pueda despertar recelos ni entre los más intransigentes. Poco importaba que el número de portugueses fuera relativamente escaso; nada que entre los españoles no hubiera más que vecinos ó residentes en Madrid; el abrazo que allí se dieron unos y otros fué el abrazo de dos pueblos, y los vivas que resonaban en loor de ambas naciones, habían de encontrar eco en el pecho de todos los peninsulares.

Por primera vez, de una manera pública y solemne, Portugal y España se han acercado hasta estrechar sus manos en prueba de concordia y buena inteligencia. No ha sido éste un acto político ni una ceremonia diplomática, sino un gran suceso de la vida civil de dos nacionalidades viriles que tienen la conciencia de sus destinos. Comprendióse al cabo que España y Portugal deben caminar unidas, si han de pesar en la balanza de las naciones civilizadas, y esta unión fraternal tan desdichosamente mirada hasta aquí por algunos, es ya planta lozana cuyos sazonados frutos recogerá la generación contemporánea. El banquete de la casa de la Villa, al que *La Ilustración de Madrid* consagra una lámina dibujada por el hábil artista Sr. Pellicer, además de esta pálida reseña, es la piedra fundamental del edificio cuyo coronamiento alcanzarán nuestros hijos. Los entusiastas discursos de Alves Mathen, Tiqueiro, Mirano Nieto y Castelar; las discretas frases de Escobar, despojando al banquete de todo carácter político; las oportunas palabras de Albarada, atribuyendo á la prensa periódica la gloria principal de aquel resultado; la adhesión ingenua de Galdo, como alcalde de Madrid; la intencionada arenga de Soler; los versos de Palacio; manifestaciones fueron del generoso pensamiento que bullia en todas las cabezas y ligaba todas las voluntades. Presentes se hallaban robustos defensores del credo liberal en sus varios matices, desde el conservador puro hasta el democrático: cerca del monárquico veíase al republicano, junto al diputado que defende lo existente, al que halla patriótico movele cruda guerra, y sin embargo, frente á frente de nuestros huéspedes desaparecieron todos los colores, todas las quejas, todos los resentimientos, todos los fines personales ó de partido, para dejar plaza sólo á la conveniencia de los dos pueblos ibéricos, para prescindir de todo, por alto que fuera; y sólo conceder importancia á lo que sin género alguno de duda habría de obtener simpatías lo mismo bajo las frescas arboledas de Cintra que en las perfumadas márgenes del Guadalquivir.

Contemplamos excusado detallar lo ocurrido en el banquete de la noche del 10, cuyo recuerdo vivirá eterno en el pecho de cuantos se interesen por el porvenir de los dos Estados hermanos que ocupan la Península. La prensa periódica ha consagrado largos artículos á esta fiesta, y públicos son sus pormenores. Pero cumplenos, ya que tampoco nos sea dado reproducir los brillantes brindis y discursos que oímos, lo mismo en boca de los portugueses que en los labios de nuestros compatriotas, felicitar calorosamente á los iniciadores de la fiesta, que no sólo han merecido bien de la patria y de la civilización con su acuerdo, sino también por el éxito feliz que ha coronado su laudable empresa. Ya lo hemos dicho: reunidos se encontraban en el salón hombres de las más opuestas procedencias y doctrinas; representadas estaban en él la ciencia, la literatura, la administración, la diplomacia, la medicina, el arte, las profesiones industriales, y no obstante, ni el más leve incidente, ni una sola frase vino á desentonar el magnífico cuadro que se ofreció á la contemplación y á la simpatía de todas las personas ilustradas.

La Ilustración de Madrid, que, como es notorio, se ocupa de Portugal frecuentemente, ya describiendo sus monumentos, ya dando á conocer sus poetas y escritores, hace sinceros votos por el porvenir de ambas naciones, y desea que al regresar á sus hogares los distinguidos viajeros, los acompañe el júbilo más halagüeño tocante á la lealtad y pureza de los sentimientos amistosos de que han hecho alarde los españoles.

FRANCISCO M. TERMINO.

PENSAMIENTOS SUELTOS.

Una honrada mujer que nos adore,
Hijos en cuya frente resplandezcan
El honor y el saber; salud durable;
¡Los bienes son que valen en la tierra!

Ni del arpa los sonos melodiosos,
Ni el susurro del aura, ni los trinos
Del dulce ruiseñor, nada resuena
¡Como la voz de los amantes hijos!

Ni dignidad, ni honor á cortesanos,
Ni otra cosa que aplausos les demandes.
La historia nos refiere que aplaudieron
Cuando Neron asesinó á su madre.

De manos del verdugo, en sangre tinta,
Bonaparte recoge la diadema;
Y Washington, más grande y generoso,
La corona conquista y la desdía.

No en la tribuna cuando alzado exclama
¡Loemos la virtud, horror al vicio!
En el hogar de nadie le contempla,
Estudiar nos conviene al hombre público.

M. ORTIZ DE PINEDO.

TABLA ANTIGUA.

ESTIPEO DE SAN PABLO, PRIMER HERITANO.

Pasando el Sr. Becquer por un pueblo de Castilla, vió que servía de tapadera á una tinaja la tabla esculpida, cuya copia aparece en la página primera de este número. La obra es de medio relieve, está pintada de varios colores, y parece que su autor tuvo presente algo antiguo, si bien no supo conservar el carácter. Quanto digamos sobre el particular es demás, pues basta ver el grabado, que no es sino traslado fiel de la escultura.

El cadáver de San Pablo yace desnudo en tierra, mientras un león se dispone á ahondarle la sepultura. Sobre la cabeza del Santo, y teniendo por basa una como calavera, está la cruz, erguida, y al lado un jarrón de azucenas (??), en que, sin duda, quiso el artista representar la pureza de alma del difunto. Ocupa un lado de la tabla San Antonio, en pie, con el báculo en una mano y á sus plantas el cerdo, cuya cabeza es lo único que se vé.

Esta escultura es al presente propiedad del Sr. Villarino.

F. F.

DON FRANCISCO SANTA CRUZ.

Más de la mitad del siglo presente ha transcurrido, y los días, en su rápido curso, van arrebatando á España aquellos hombres que, sin medios de publicidad y sin las facilidades que por las conquistas del progreso tienen las ideas para su propaganda, lucharon abiertamente contra el absolutismo, tanto más repugnante y arbitrario, cuanto que el poder que lo sostenía era producto de la libertad proclamada en Cadix, y del amor de un pueblo indomable y generoso. La fecunda semilla arrojada al viento por los sublimes legisladores del año 12, cayó, sin embargo, en buena tierra, y una juventud ilustrada y liberal se aprestaba á seguir las huellas de sus maestros, en tanto que la tiranía y la ingratitude poblaban las cárceles de mártires y llevaban de sangre los cadáveres. Sólomente aquellos que lucharon entonces y que sobreviven á antiguas penalidades y á presentes trastornos pueden apreciar la inmensa distancia recorrida por los españoles en el camino del progreso, y cualquiera que sea el punto de la política que ocupan los diversos campos y banderías de la generación presente, todos deben inclinarse, con el respeto de la admiración y con la ternura de la gratitud, ante las nobles causas de los que, en épocas más temibles, rompieron con bravo empuje la secular muralla del absolutismo, abriendo anchoa puerta al torrente de las libertades, bálsamo de nuestras crueles heridas tradicionales y segura esperanza de nuestra regeneración futura. Como aún desaparecido del mundo de los vivos los legisladores del año 12, dentro de poco tan sólo la fama de otros hechos será el pórtico galardón de sus herederos inmediatos y de aquella

juventud que escuchó alborozada y repitió valiente el grito de Riego en las Cabezas de San Juan, no quedará ni un representante con cuyo trato nos honremos.

Uno de los más entusiastas y activos, de los más generosos é independientes, fué en aquella época memorable el importante hombre público á quien hoy consagramos estos insignificantes apuntes y el excelente retrato que podrán admirar nuestros lectores.

Nació D. Francisco Santa Cruz el año 1802, en Orhuela, donde en 1820 se alistó en la Milicia Nacional, después de haber proclamado Riego la Constitución; pero al perder España sus libertades el 23, tuvo que abandonar con toda su familia el pueblo natal, trasladándose al de Griegos, en la provincia de Teruel, donde no logró verse libre de las persecuciones y disgustos á que se vieron condenados los liberales durante la vida del rey. Pero ni el continuado peligro, ni el cuidado de sus intereses, apartaron al Sr. Santa Cruz de sus constantes ideas, y tanto en vida de Fernando VII como durante la guerra civil, siguió la suerte del partido liberal, logrando ser uno de los hombres más influyentes en la provincia, sobre todo en el partido de Albarracín.

Realizado en 1840 el pronunciamiento de setiembre, la Junta de gobierno de Teruel le nombró jefe político, cargo en que le confirmó la Regencia, después de haber él cedido, contra la voluntad de todos, su sueldo á favor de los establecimientos de beneficencia, en cuyo destino continuó hasta renunciarlo con insistencia, después de los acontecimientos del 43.

Afiliado al partido progresista, fué uno de sus hombres más notables, logrando en 1831 ser electo diputado por el distrito de Albarracín. En aquella legislatura combatió fuertemente la reforma de Bravo Murillo; y trabajó sin descanso para derrotar al gobierno en la elección de la mesa, firmando, como individuo del comité progresista, el manifiesto que produjo la caída de Bravo Murillo.

Reelegido en 1853, fué el candidato de las oposiciones para la presidencia del Congreso, y después de la revolución del 54, nombrado ministro de la Gobernación en 30 de julio. Sus primeros actos fueron convocar las Cortes Constituyentes y restablecer la ley de Ayuntamientos y Diputaciones del 2 de febrero del 23, y la antigua ordenanza de la Milicia Nacional.

Electo diputado por Cuencas y Teruel, optó por esta, y durante los diez meses que ocupó el ministerio, su actividad y celo se hicieron proverbiales, economizando 1.000.000 de reales en el departamento central, y sujetando la imprenta al jurado.

Su actitud firme y enérgica, queriendo legislar sobre las atribuciones de la Milicia, produjo al fin una crisis, presentando su dimisión con los Sres. Luzziaga, Aguirre, Madro y Lujan. Pero apesar de esto, ó mejor á causa de las dotes que como hombre práctico y de gobierno demostrara, aumentó en importancia en la Cámara Constituyente que le eligió para que tomase parte en la confección de las leyes de instrucción pública, de sociedades de crédito y de organización de la administración municipal y judicial, siendo además nombrado individuo de la junta consultiva de Ultramar, y en 7 de febrero del 56 ministro de Hacienda, apesar de su repugnancia por este espinoso cargo. Su gestión fué en alto grado honrosa para su fama; pues al aprobarse los presupuestos, que presentó en 16 de abril, se declararon los fondos en alza, permitiéndole esto hacer una operación ventajosa, amortizando parte de la Deuda flotante del Tesoro y reduciendo á 2 por 100 el descuento; medidas que le valieron un voto de gracias en las Cortes.

Después de los sucesos de julio del 59, quedó afiliado con otros ilustres progresistas al partido de la unión liberal, siendo reelegido en 1858.

Durante los cinco años en que gobernó al país el ministerio O'Donnell fué uno de sus más constantes y caracterizados apoyos, ya en la presidencia del Tribunal de Cuencas, ya como gobernador del Banco.

Presentes á la memoria de todos están sus actos durante la revolución, en cuyo difícil período la probó más y más lo patriótico de sus fines y lo práctico de su conducta, siendo hoy el jefe caracterizado de los individuos de su partido que aceptaron sin reservas el honor de las Cortes Constituyentes y la Constitución del 60. Electo senador y presidente del Senado, continúa prestando sus desinteresados y útiles servicios al país y á la libertad, únicos objetos de sus afanes y de sus deseos en su tan larga cuanto honrada, digna y respetable carrera política.

Tal es la vida del hombre público. Su moralidad inquebrantable, sus austeros costumbres, su trato agradable y franco y su bondad nunca desmentida, forman el simpático tipo de su vida privada, hasta el punto de que, si bien tiene adversarios políticos, estos mismos son

los primeros en ufanarse y complacerse con su amistad personal, en acordarle las muestras de respeto y cariño que por sus virtudes y no comunes prendas se conquista.

R. CORREA.

METAMORFOSIS.

—Madre, dice la niña,
Cuando el gusano
En el blanco capullo —
Queda encerrado,
Este se abre
Y de él la mariposa
Radiante sale.
Cuando mueren las flores
En el invierno,
De la oscura simiente
Que cae al suelo
Brotan altauras
Otra flor más hermosa
En primavera.
¡Cómo es que aunque se mueren
Flor y gusano,
Nacen a nueva vida
Regenerados,
Y no volvemos
A la vida nosotros
Después de muertos!
—Sabe, dice la madre,
Que de la cuna
Es hermana gemela
La sepultura:
La muerte es sueño
De que nos despertamos
Cuando nacemos.
Gusanos de la tierra
Somos los hombres,
Y es la tumba el capullo
Que nos esconde,
Y que rompemos
Para ser mariposas
Que van al cielo.
Puente es la vida que une
Dos infinitos,
Y nacimiento y muerte
Son sus estribos:
¡La tumba es cuna
Y a la cuna venimos
Desde la tumba!

MANUEL DE LA REVILLA.

INAUGURACION

DE LA EXPOSICION ARTISTICA E INDUSTRIAL
EN EL PARQUE DE MADRID.

El día 12 del actual se verificó la inauguración de la Exposición que, á costa de grandes sacrificios y loables esfuerzos, ha realizado la sociedad *El Fomento de las Artes*, asistiendo S. M. el rey á este acto, acompañado de los señores ministros de Fomento y Hacienda, y de las autoridades popular y civil de la provincia.

El presidente de la Sociedad y los individuos designados al efecto, recibieron á S. M. y le acompañaron después por el interior del salón de los Próceres, y en su visita á los diferentes departamentos donde se encuentran expuestos objetos artísticos é industriales.

Los costados de la ancha escalinata que conduce al edificio de la Exposición estaban revestidos de frondoso follaje, y la fachada de aquel engalanada con escudos, banderas y gallardetes, tal como la representa el exacto grabado que en este número ofrecemos á nuestros abonados.

La importancia de esta Exposición exige que de ella nos ocupemos con detenimiento, y así lo haremos en alguno de los próximos números.

CARTAS FASHIONABLES.

Madrid, 22 de Mayo de 1876.

«Dime con quién andas y te diré quién eres», es un proverbio español tan popular como exacto.

Brillat Savarin ha formulado el mismo pensamiento en términos semejantes, pero alusivos al arte á que dedicó su vida: «Dime lo que comes y te diré lo que eres».

Y yo, haciendo aplicación de la propia idea á asunto distinto, diré que más todavía que nada revela las tendencias y aficiones del individuo la manera como tiene adornada y dispuesta su casa.

Entre Vd. en el cuarto de una señora, y encuentra en todas partes flores; en todas partes perfumes: sobre la mesa las obras de Byron y de Alfredo de Musset; las poesías de Espronceda y las doloras de Campoamor... Pues bien puede asegurarse que esa persona posee un alma elevada y generosa; una organización apasionada y ardiente, capaz de grandes y de nobles sentimientos.

Por el contrario, penetra uno en la habitación de la mujer frívola y disipada, y desde el principio descubre el carácter y las inclinaciones de su dueña.

Ni un solo objeto de arte; ni un cuadro, ni más grabados que los figurines del periódico de modas.

Tendido en un diván se ve el traje que la Honorina, la Conti, la Fleury, ó cualquiera otra célebre modista acaba de traer para el baile de aquel día; sobre un velador un guante desgarrado y un ramillete seco, trofeos del baile de la víspera; encima de la piedra de la chimenea, el billete del palco del teatro adonde irá algunos momentos antes de asistir al sarao.

Huyamos, huyamos pronto del lado de esa mujer, aunque sea linda, aunque tenga ingenio, porque de seguro carece de corazón.—Si es casada, no amaré á su esposo; si es madre, amaré poco á sus hijos.—Para ella no hay más que un culto en la tierra:—el del lujo, el de la ostentación.

Y después introduzcámonos en la casa inmediata: veamos qué orden, qué limpieza, qué suave atmósfera reinan en ella!

En un lado la cuna, con su colgadura de muselina blanca; más allá una mesita con avios de costura. La cariñosa madre no emplea su tiempo en ejecutar esos mil primores de *crochet* ó de aguja, tan bonitos como inútiles; sino que se ocupa en bordar pantalones para su hijo, en festonear mantillas para el que va á nacer, en arreglar la capa con que se le ha de cubrir el día del bautizo.

Esta no es el tipo de la dama elegante y rica, sino el modelo de la mujer honrada, hacendosa y modesta.

En un lado hay un reclinatorio; encima del tocador un devocionario, más allá un libro de historia... Todo prueba que la que reside allí es también religiosa é instruida.

Floretes, pistolas, fusiles, hachas... Nos hallamos en el cuarto de un militar ó de un fanfarron, que quiere meter miedo á todo el mundo con el imponente aspecto de aquella numerosa armería.

Sin embargo, es muy posible que su mano inofensiva no haya esgrimido nunca un sable ni disparado un revolver; es muy posible que semejante aparato belicoso encubra las inclinaciones pacíficas de su dueño, como el espantajo que los hortelanos colocan en ciertos sitios sólo revela el temor de que los pájaros destruyan los frutos de la tierra.

Si el personaje de quien tratamos habla á cada instante de sus batallas y de sus duelos; si nos cuenta las heridas que recibió en unas y en otros, sin enseñar cual prueba profunda y gloriosa cicatrices, es porque pertenece á la especie de los que los franceses llaman *poseurs* y los españoles farsantes.

Donde ese tenía armas, éste tiene libros; pero así como aquellas ostentaban todo el brillo de su virginidad, éstos revelan una pureza no menos inmaculada.

En algunos no ha habido siquiera tiempo para abrir sus hojas; en otros la encuadernación nueva y flamante descubre que ninguna mano los ha cogido aún para consultarlos.

El pseudo valiente era un collon; el pseudo sabio es un ignorante.—Háblele Vd. de Virgilio ó de Schiller, de Ciceron ó de Lope de Vega, de Chateaubriand ó de Hegel, y permanecerá mudo; pregúntele Vd., empero, el número de volúmenes que hay en su biblioteca, y responderá de corrido, como el muchacho que ha estudiado bien su lección:

—Tengo dos mil volúmenes: la mitad de obras literarias y filosóficas, cuatrocientos de ciencias y de artes; doscientos manuscritos... etc., etc.

En cuanto se pone el pié en el estudio del verdadero sabio, no hay nada que no descubra sus ocupaciones y sus instintos.

No están los libros simétricamente colocados, sino

revueltos y confundidos unos con otros; no se ven tan sólo en los estantes, sino en la mesa de trabajo, sobre la chimenea y hasta sobre las sillas.

Aquí hay un busto de Corneille ó de Cervantes; allí un bajo relieve de Torwaldsen ó un retrato pintado por Palmarioli; más allá un vaso etrusco ó un plato del Japon.

El hombre superior ó eminente no estima únicamente las obras que pertenecen á su especialidad, sino que comprende en su admiración todas las producciones del saber humano. Si es filósofo, honra la poesía; si es artista, aprecia la literatura; si es poeta, lo mismo ensalza las sublimes inspiraciones de Fray Luis de León y de Rioja, que los destellos del genio de un pintor ó de un músico...

Estas reflexiones hacia yo noches pasadas al subir la escalera del lindo palacio de los marqueses de Villaseca, donde iba á tener efecto un magnífico baile.

Entré en los salones, iluminados—según la frase de ordenanza—á giorno, y me dediqué á observar y á examinarlo todo.

Después de haber recorrido aquellas soberbias y lujosas estancias; después de introducirme en el *boudoir* de la marquesa y en el despacho del marqués; después, en fin, de visitar hasta el último rincón de la casa, formé mi opinión acerca del carácter y de las aficiones de sus dueños.

—Ella, me dije, es el tipo de la mujer culta y elegante: su alma posee todas las delicadezas, todos los instintos del buen gusto, y se revela lo mismo en sus *toilettes* que en el adorno de sus aposentos.

Para vestirse no elige las telas ricas y pesadas, como el terciopelo y la seda, sino esas otras ligeras y vaporosas que convierten en hadas á las que se envuelven en ellas.

En su cabeza se ven ménos veces los costosos aderezos, donde el brillante alterna con la esmeralda, y el rubí con la perla, que las hijas perfumadas de los campos, ó las que tan bien imitan las floristas parisienses.

En su *boudoir* se notan iguales instintos: el lujo está disimulado bajo las apariencias de la sencillez; el arte surge entre las manifestaciones del lujo. Los bronceos magníficos, las porcelanas de Sajonia ó de Sevres, las miniaturas y los esmaltes antiguos, descubren el culto que se rinde allí á todo lo grande y á todo lo bueno.

Cuadros de mérito, estatuas bellísimas, mármoles y mosaicos de valor, publican que el marqués tiene las mismas aficiones que su graciosa compañera.—Entrando en su cuarto se puede conocer que no crea incompatible el estudio y los nobles ejercicios varoniles: figuran allí excelentes libros junto á magníficas armas; recuerdos y trofeos de cien cacerías cerca de borradores y apuntes literarios.

Si fuese indiscreto, podría escudriñar en los cajones de su mesa, y tropezaría con algo digno de darse á la estampa; si me propusiera divulgar secretos, fácil me fuera robar algunos versos dignos de no vivir en la oscuridad donde los guarda la modestia.

Pero es ésta en el hombre tan respetable como el pudor en la mujer, y ante ella deben ceder el dcaeo y la curiosidad.

La marquesa halló lugar y espacio suficientes para recibir á sus numerosos convidados; para ocuparse incesantemente de ellos, informándose con verdadera solícitud de cuánto pudiesen apetecer; en fin, para dirigir un largo y delicioso cotillon con el Sr. Pignatelli.

«Cómo—me preguntaba yo á mí mismo—es posible hacer tantas cosas en seis horas? ¡Poco, por ventura, algún secreto mágico que la permita reproducirse, para estar aquí y allí al propio tiempo!»

Verdad es que el marqués la secundaba admirablemente, y que el uno se completaba con el otro.—Una sola voluntad y dos cuerpos distintos: hé aquí la explicación de semejante maravilla.

Seguramente la fiesta de los marqueses de Villaseca habrá sido la postrera de la temporada, como fué una de las mejores de toda ella.

La víspera se había bailado aún en la legación de Prusia; al jueves siguiente se bailó también en casa de los marqueses de Morante; pero en ambas partes por última vez.

La suspensión de las *soirées* en calle de San Mateo, tiene por causa un tristísimo suceso:—el marqués de



PANTEON DE LA FAMILIA DEL MARQUÉS DE ESPEJA, DIBUJO DE PÍ DE LEOPOL.

Morante, persona tan estimada de cuantos le conocen, se halla atacado de una cruel enfermedad.

Los médicos le han prescrito vida tranquila y sosegada, que ha ido á hacer en un retiro profundo; en las Ermitas de Córdoba.—¡Pueda allí recobrar la salud, como lo desean ardientemente su familia y sus innumerables amigos!

Pero si no se baila ya en ningún salón, aún se reúne la gente con otros pretextos: en el de la señora de Henestrosa, para ver cuadros vivos, ejecutados por una multitud de lindísimos niños; en el de los condes de Vilches, para asistir á una representación dramática.

¿Cuándo se verificará esta?—No lo puedo decir; quizás la semana actual; quizás la próxima.—Lo único seguro es que los espectadores pasarán una noche deliciosa, á pesar del calor, admirando el incomparable talento de la condesa.—Ella no conoce dificultades ni géneros: lo mismo brilla en comedias del teatro antiguo como *La mosca de óntaro*, que en piezas de índole tan opuesta como *L'urue*, de Octavio Feuillet; familiares le son el francés y el castellano; y con igual facilidad logra hacer reír que llorar.

El anuncio de esta función ha sido una sorpresa para la alta sociedad, que no esperaba ninguna ya en aquel templo del arte; pero el duque de Fernán-Núñez, ausente tantos años, está por breves días en Madrid, y ha solicitado y obtenido ser juez de lo que no conoce sino por las descripciones de los periódicos, que le habrán dado una imperfecta idea del talento dramático de la condesa de Vilches.

También parece que habrá representaciones en el

chalet de las Navas.—al menos la duquesa de Medinaceli las promete á sus amigos, en justa indemnización de la que estuvo á punto de verificarse el mes anterior, y que no tuvo efecto por una indisposición repentina de la ilustre señora.

Los convidados irán en tren especial que pondrá ésta á su disposición, y se les dará á escoger entre volver á la corte despues de la función ó pasar la noche en aquella suntuosa residencia.

Todo anuncia ya el estío que se acerca á paso de gigante: todo indica que va á empezar la época de los placeres campestres, de los viajes y de los baños de mar; es decir, la época anti-social por excelencia.

San Sebastian será este año, como el pasado, el punto de reunión de la gente *comme il faut*, aunque parece que no ofrecerá los encantos—y los peligros—del último.

A petición de muchas de las más importantes familias de la capital de Guipúzcoa, han sido prohibidos los juegos de azar que en 1870 atrajeron tantos incantos al palacio Indo y al Kursaal.

En lugar de las emociones de la ruleta y del treinta y cuarenta, los forasteros habrán de contentarse con las del teatro, donde Mariano Fernandez les hará desternillar de risa; y las del circo aéreo, con su trapecio y sus vuelos aéreos.

¿Qué pensarán, pues, los especuladores que contaban con una cosecha de pesos duros tan abundante como la anterior? ¿Qué decidirán los que creían haber transportado Baden á España?

¿Inventarán algún otro expediente que les haga ricos con igual facilidad?

La cosa es difícil, y me recuerda la contestación de

un ministro de Hacienda, á quien un diputado rogaba que eliminase del presupuesto, por inmoral, el juego de la lotería.

—No hay inconveniente—repuso el hombre de Estado—pero búsqueme Vd. una virtud que me dé lo que produce ese vicio.

Lo mismo digo yo; búsquese un aliciente que sustituya al del *rouge et noir*... y de seguro no se encontrará.

ARMGDEO.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		EN COMBINACION CON EL IMPARCIAL.	
Tres meses	22 rs.	EN MADRID.	Tres meses las dos publicaciones
Medio año	42 "		Medio año
Un año	80 "		Un año
EN PROVINCIAS.		EN PROVINCIAS.	
Tres meses	30 "		Tres meses
Medio año	55 "		Medio año
Un año	100 "		Un año
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año	85 "		Medio año
Un año	160 "		Un año
AMÉRICA Y ASIA.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Un año	240 "		Medio año
Cada número suelto en Madrid	4 "		Un año